

CARLOS CANALES Y MIGUEL DEL REY



LA GRAN GUERRA

Grandeza y dolor en
las trincheras



*Una visión diferente de la
Primera Guerra Mundial*

Cuando en agosto de 1914 Europa enloqueció, nadie aún parecía creer que el mundo se viese empujado a una catástrofe. La mayor parte de los ciudadanos de las naciones que iban entrando en la guerra, y que se reunía en calles y plazas mostrando su alegría y patriotismo, pensaba que el conflicto no se extendería mucho más allá de la Navidad y daba por hecho que la victoria llevaría por fin a terminar con todos los conflictos bélicos. Los hechos se encargaron de demostrar que estaban terriblemente equivocados. La guerra duró cuatro años con un grado de destrucción desconocido hasta entonces. Fueron años en los que, una tras otra, las naciones europeas se sumaron al bando que más les interesaba, salvo una pequeña minoría que supo o pudo permanecer neutral —como España—, en un conflicto que, debido a la existencia de colonias de los contendientes en los cuatro puntos cardinales, de inmediato extendió su horrible mancha de destrucción y muerte por toda la Tierra.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[La Gran Guerra](#)

[Intermedio](#)

[Frente oriental. 2 de marzo de 1915.](#)

[Introducción](#)

[A las puertas del infierno](#)

[1. Adiós a la inocencia](#)

[1.1. El avispero de los Balcanes](#)

[1.2. Un brote de locura](#)

[1.2.1. El plan Schlieffen](#)

[1.2.2. Llegan los británicos](#)

[1.3. Crímenes de guerra](#)

[1.4. En taxi hasta el Marne](#)

[1.5. Carrera hacia el mar](#)

[2. El frente del Este](#)

[2.1. Una respuesta contundente](#)

[2.2. La tregua de Navidad](#)

[3. La guerra del mundo](#)

[3.1. Togolandia. Comienza la guerra](#)

[3.1.1. Las operaciones militares: Lomé y Kamina](#)

[3.2. La campaña de Camerún](#)

[3.2.1. De la frustración a la victoria](#)

[3.3. Una estación solitaria. África del Sudoeste](#)

[3.3.1. La revuelta bóer y los primeros combates](#)

[3.3.2. El final de la resistencia](#)

[3.4. El otro lado del espejo La alucinante guerra de Von Lettow-Vorbeck](#)

[3.4.1. Un duro trabajo por hacer](#)

[3.4.2. La hazaña del L59](#)

[3.4.3. Hasta el final](#)

[4. La guerra naval](#)

[4.1. La odisea de Von Spee](#)

- [4.1.1. Encuentro en Coronel](#)
 - [4.1.2. El drama de la Malvinas](#)
 - [4.2. Corsarios. Una guerra diferente](#)
 - [4.2.1. La odisea del Emden](#)
 - [4.2.2. Cincuenta hombres solos](#)
 - [4.3. Corsarios disfrazados](#)
 - [4.4. Tablas en Jutlandia](#)
 - [4.5. La guerra submarina](#)
 - [4.6. La lucha por el Mediterráneo](#)
- [5. La guerra aérea](#)
 - [5.1 Un nuevo escenario de guerra](#)
 - [5.2. Dirigibles](#)
 - [5.3. Los caballeros del aire](#)
 - [5.3.1. Jóvenes impetuosos](#)
- [6. Los años del desastre](#)
 - [6.1. El tercer frente](#)
 - [6.1.1. Desastre en Gallípoli](#)
 - [6.1.2. Objetivo Bagdad](#)
 - [6.1.3. La revuelta árabe](#)
 - [6.2. Los Alpes, campo de batalla](#)
 - [6.2.1. Vistas inmejorables](#)
 - [6.3. El infierno de Verdún](#)
 - [6.4. El Somme. Generación perdida](#)
 - [6.5. El amigo americano](#)
- [7. 1918. El año decisivo](#)
 - [7.1. «Kaiserschlacht»: El último esfuerzo](#)
 - [7.1.1. La crisis](#)
 - [7.2. «Georguette», La batalla de La Lys](#)
 - [7.3. «Blücher»: La amenaza fantasma](#)
 - [7.4. La «Ofensiva de los cien días»](#)
 - [7.5. La caída de Austria-Hungría](#)
 - [7.6. Final en los Balcanes](#)
 - [7.7. El hundimiento de Turquía](#)
- [8. La guerra insólita](#)
 - [8.1. El camuflaje de «deslumbramiento»](#)
 - [8.2. Los Ángeles de Mons](#)

[8.3. El Carro Zar. La imaginación por encima de todo](#)

[8.4. La leyenda del Regimiento de Norfolk](#)

[8.5. El Batallón femenino de la muerte](#)

[8.5.1. La defensa del Palacio de Invierno](#)

[8.6. Entre caníbales](#)

[9. Por puro agotamiento](#)

[9.1. Una jornada trágica](#)

[9.2. Cegados por el odio](#)

[Cronología](#)

[Pioneros del combate aéreo durante la gran guerra](#)

[Algunos de los Zeppelines utilizados durante la Gran](#)

[Guerra](#)

[Bibliografía](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

Intermedio

Frente oriental. 2 de marzo de 1915.

¡VOLÁBAMOS SOBRE LOS CAMPOS! Me pareció que nos alejábamos del resto de los aparatos del aeródromo, cada vez más pequeños, a una velocidad de locos. Lejos, a la derecha, noté que aparecía una pequeña nube de humo. Salía de un tren en movimiento que, de pronto, desapareció en la sombra del bosque. A lo largo de la carretera desfilaba una línea sin fin de hombres y medios de transporte que parecía una procesión de hormigas. Cuando sobrepasamos a dos de los automóviles que iban en cabeza, a nosotros nos parecieron juguetes de los que se exhiben en los escaparates para los niños.

De repente, en un momento, nos lo tapó todo nuestro globo gigante, utilizado para la observación de las posiciones del enemigo. Desapareció detrás de nosotros con la misma rapidez con la que perdíamos todo lo que encontrábamos en nuestro camino. El viento frío me sacudía la cara y me obligaba a medio cerrar los ojos. Noté las lágrimas en las mejillas, pero me sentía sumamente feliz, porque llevaba a cabo la primera tarea seria que me había confiado mi comandante.

Mis pensamientos fueron repentinamente interrumpidos por una voz. El piloto, un hombre pequeño con abrigo y gorro de cuero, que hasta entonces había permanecido sin moverse, como un maniquí de madera, se volvió hacia mí y dijo: «¡Preste atención! Estamos cerca de nuestros puestos». El camino había desaparecido y, a la derecha, un lago

brillaba como una esmeralda gigante. A través de la neblina vi a lo lejos el contorno amarillo del globo alemán, un centinela inmóvil en el aire. Poco más allá, la enorme cruz roja en la parte superior de la tienda más grande de las que formaban las instalaciones de las ambulancias rusas.

Nuestro biplano comenzó a subir gradualmente. Las ambulancias desaparecieron de mi vista. Pude ver gran cantidad de árboles, maleza y a continuación, otro lago, que sabía que estaba más allá de las líneas enemigas. Luego las chozas de una aldea y gente mirándonos, como cuentas negras desperdigadas entre la tierra. A pesar de todos mis esfuerzos no pude descubrir las posiciones de nuestras baterías, por lo que pensé que estaban perfectamente camufladas.

—A kilómetro y medio de donde nos encontramos están las trincheras —dijo el piloto—. Me levanté un poco de mi asiento, agarrado con fuerza a los barrotos de la góndola. Se veían entre los matorrales una serie de grietas finas, conectadas, salpicadas de pequeños refugios y las figuras grises de los hombres. Las protegía un río oscuro que parecía una serpiente. Unos quinientos metros más allá, se podían ver líneas negras de tierra recién cavada y miles de pequeños puntos que se desplazaban hacia nuestras posiciones. Los alemanes.

En ese mismo instante una nube blanca y suave de metralla estalló justo en frente y algo por debajo de nosotros. Nuestro avión se sacudió un poco, giró levemente y se volvió hacia la derecha. Tres nuevas nubes blancas siguieron a la primera y quedaron colgadas en el aire. Volábamos a lo largo de todo el frente. Con los prismáticos pude distinguir cada detalle de las trincheras alemanas y me apresuré a apuntarlo todo en mi tablilla. Más nubes de humo blanco, suaves y perezosas, se extendieron a nuestro alrededor mientras el sol, colgado a nuestra izquierda, resplandecía cada vez más. Mi corazón latía un poco desenfadado, pero

el piloto no parecía prestarle ninguna atención a los ataques que llegaban desde abajo.

Nos acercábamos al final de mi reconocimiento. La iglesia que se había marcado como límite apareció ante nuestra vista y se hizo más y más grande. Junto a ella había un camino totalmente repleto de tropas y transportes alemanes. Me apresuré a tomar nota de las nuevas líneas de trincheras, con sus alambradas de púas, que entre el rocío de la mañana y la luz del sol resplandecían como pequeños puntos blancos. Ese fue el final de mi trabajo. Terminamos, —me dije a mí mismo—.

Una explosión de metralla muy próxima me envió un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo. Miré con ansiedad el biplano y noté tres agujeros en su ala izquierda. Un momento después, estábamos totalmente rodeados de pequeñas nubes blancas. El aparato cayó en picado y debo confesar que sentí como si se me bajara el corazón hasta los pies. Inconscientemente, con un miedo atroz, mis manos agarraron con tanta fuerza los lados de la góndola que me costó volver a hacerlas reaccionar.

En el momento en que pude mirar de nuevo hacia abajo vi el globo cautivo alemán y luego en, tierra, cientos de pequeñas figuras como pequeños clavos que también parecían dispararnos. Apenas pude fijarme en nada más, desde la izquierda, un *Taube* volaba directamente hacia nosotros, lo que evidentemente, ponía una barrera en nuestro camino. Las baterías rusas también lo vieron y abrieron fuego, por lo que, de inmediato, quedó rodeado de un velo de nubes blancas.

—¿Ves el *Taube*? —le pregunté al piloto.

—Sí, lo he visto, —respondió con gravedad—. Es una verdadera lástima que no llevemos una ametralladora. Va a atacarnos.

Fijé mis ojos en el enemigo. Pasaron unos segundos que parecieron horas. El *Taube* se levantó un poco, hizo un semicírculo y voló para conseguir una posición que le fuera

más favorable. Era el momento de tomar una decisión crítica. No podíamos dirigirnos a la derecha ni a la izquierda, ambos flancos estaban amenazados por el enemigo, la única solución era seguir adelante.

La distancia entre nuestro biplano y el *Taube* se reducía a enorme velocidad. Ya podía reconocer los detalles del aparato enemigo y ver las siluetas negras de la cabeza y hombros de los dos oficiales. Mi piloto, de repente, se volvió hacia mí y con expresión severa me comunicó su decisión: «Vamos a ver» —dijo—, y se dirigió directamente hacia el enemigo. Por segundos volamos uno hacia el otro cuando, de repente, nuestro biplano cabeceó y salió disparado hacia tierra como una flecha. Miré hacia atrás. El *Taube*, muy por encima de nosotros, daba vueltas en nuestra persecución con una velocidad mucho mayor que la de nuestro biplano que, al fin y al cabo, no era más que una vieja máquina recientemente equipada con un nuevo par de alas.

Con la maniobra, el piloto esperaba atraer al *Taube* a una distancia que quedara bajo el fuego de nuestras baterías, pero continuábamos muy alejados, a más de mil quinientos metros de altura, mientras el avión enemigo corría en pos nuestro a toda velocidad. Miré hacia atrás y vi que el observador nos apuntaba con su arma.

—¡Cuidado! —le grité al piloto— ¡van a dispararnos! Voló en zigzags y se las ingenió para escapar de las balas. El *Taube* se acercaba cada vez más.

De nuevo mi compañero se sumergió entre las nubes y cayó casi verticalmente. La fuerza de un descenso en picado tan arriesgado me tiró de espaldas. Pegado al asiento pude ver el techo de una casa de labranza, los prados, el bosque. Todo corría hacia nosotros a una velocidad tremenda. Durante quinientos metros nos quedamos en la misma posición y luego, gradualmente, enderezó el curso. Nunca olvidaré esos pocos segundos mientras viva. No

puedo decir lo que sentía, pero de lo que sí estoy seguro es que pensé que se aproximaba nuestro fin.

La maniobra nos salvó. Cuando me recuperé y pude mirar alrededor estábamos apenas a cuatrocientos metros del suelo. Nuestras baterías abrieron un terrible bombardeo sobre el *Taube*, que ahora volaba entre gruesas nubes procedentes de la metralla que estallaba.

—Mira, —le grité al piloto—, pero no se movió. Mis ojos estaban fijos en el aparato enemigo, que de pronto cayó y se estrelló contra el suelo como un pájaro herido.

—Lo han derribado, grité.

—Buenos muchachos —me respondió finalmente—, y su voz se perdió entre el ruido del motor y el silbido del viento. Enseguida pude ver los hangares del aeródromo y un fuerte olor a aceite y gasolina me dijeron que estaba en casa de nuevo. Unos segundos más y estábamos a salvo, en tierra, recibidos por los aplausos de los compañeros. Aún no había llegado nuestra hora.

Introducción

A las puertas del infierno

CUANDO EN AGOSTO DE 1914 EUROPA ENLOQUECIÓ, nadie parecía creer que el mundo se viese empujado a una catástrofe, es más, la mayor parte de los ciudadanos de las naciones que iban entrando en la guerra, y que se reunían en calles y plazas mostrando su alegría y patriotismo pensaba que el conflicto no se extendería mucho más allá de la Navidad y, por supuesto, daban por hecho que la victoria —siempre la de su bando—, llevaría por fin a terminar con todos los conflictos bélicos.

Esta actitud, que hoy nos puede parecer, a la vista de lo que sucedió, irresponsable e infantil, era compartida por millones de personas, que pensaban que o bien una guerra era algo inconcebible debido a la existencia de fuertes intereses de los grandes poderes financieros y económicos del mundo, o bien, si sucedía, sería algo definitivo y breve. Los hechos se encargaron de demostrar que ambas presunciones eran erróneas.

En el periodo que la historia conoce como *La Belle Époque*, Europa vivió un período de paz que favoreció los avances científicos, técnicos, sociales y económicos. Unas décadas en las que todas las naciones con influencia política mundial pertenecían al «viejo continente», y sus rivalidades, ya fueran políticas o financieras, se mantuvieron contenidas. Nuevos valores fueron desarrollándose en una sociedad cada vez más rica y compleja, que vio como se expandía el capitalismo mientras conseguía llevar sus formas de vida europeas, sus valores y creencias, a los lugares más ig-

notos del globo. Un tiempo de fe en la ciencia y el progreso como benefactores de la humanidad. Una era en la que las transformaciones económicas y culturales que generaba la tecnología, afectaban a todas las capas de la población, desde la vieja aristocracia a la acomodada burguesía o las masas proletarias.

Solo era necesario que el «equilibrio continental» se fuera manteniendo en torno a unos bloques de alianzas que a principios del siglo xx quedaron claramente definidos: De un lado, franceses y británicos, apoyados por Rusia. Del otro, austrohúngaros, alemanes y quizá italianos — siempre tan reticentes a definirse con claridad—, con un decadente Imperio Otomano como víctima de las ambiciones de todos. Una situación que hubiera podido mantenerse de forma indefinida si no hubiese tenido unas raíces tan podridas y tan falsas, que cualquier incidente menor fuera capaz de llevar a Europa a la catástrofe gracias a hacer funcionar el juego de alianzas y tratados secretos para que, una tras otra, como fichas de un dominó maldito, todas las grandes potencias fueran empujadas a la guerra.

Esa, y no otra, era la triste realidad a la que se enfrentaban todos los países en 1914. Una gran mentira. Aunque sus ciudadanos no lo supieran, el mundo llevaba tres décadas preparándose para resolver sus disputas por la fuerza de las armas, pues las rivalidades de las naciones imperialistas, la lucha por los mercados, y el deseo de ganar áreas de influencia, había llevado a que comenzara una descomunal carrera armamentística en la década de los ochenta del siglo xix, especialmente después del reparto de África tras la Conferencia de Berlín celebrada en 1885, cuando un vigoroso Imperio Alemán decidió comenzar a transformarse en una potencia naval, para complementar su ya importante capacidad militar terrestre. Su acelerada industrialización y la eficacia y pujanza de su ejército, convirtieron al *Reich* en un peligroso rival del Imperio Británico, sin dejar de ser

el enemigo por antonomasia de una Francia humillada por las consecuencias de su derrota en 1871 y obsesionada con la revancha.

Cuando algunos políticos y militares más sensatos se dieron cuenta del embrollo en el que se estaban metiendo sus países hicieron algunos intentos tímidos por ver si era posible detener la locura que parecía invadir las mentes y los corazones de millones de europeos, pero no pudieron. La maquinaria tan cuidadosamente preparada durante décadas por los estados mayores de las potencias para el enfrentamiento supremo estaba tan bien engrasada y tan meticulosamente diseñada que ya era imposible detenerla.

Si lo comparamos con otros conflictos que habían asolado Europa, la guerra puede parecer corta, apenas cuatro años, pero se llevó a cabo con un grado de destrucción desconocido hasta entonces. Tanto, que desde el punto de vista actual, acostumbrado a todo tipo de barbaridades, es imposible entender a lo que se vieron enfrentados de repente militares y civiles. Nuevas armas y nuevas estrategias, desde aviación a gases letales, incrementaron de forma exponencial las víctimas en ambos bandos, de tal manera que, como una maldición, llevó a la muerte a una generación entera en campos de batalla en los que el horror superó todo lo imaginable.

Años en los que, una tras otra, las naciones europeas se fueron sumando al bando que más les interesaba, salvo una pequeña minoría que supo o pudo permanecer neutral — como España—, en un conflicto que, debido a la existencia de colonias de los contendientes en los cuatro puntos cardinales, de inmediato extendió su horrible mancha de destrucción y muerte por toda la Tierra.

Tras más de ocho millones de muertos por causas directas de la guerra y cinco más por causas indirectas, para desgracia del mundo, el inmenso conflicto no resolvió nada. Solo sirvió para apreciar las consecuencias del poder de las creaciones del ser humano cuando el talento, el ingenio y

la imaginación se ponen al servicio del mal. Cuando todo acabó, cuatro imperios habían sido borrados de la faz de la Tierra y reducidos a un estado de postración. Tres de las Potencias Centrales: Alemania, Austria-Hungría y Turquía; y uno de la Entente, la Rusia zarista. Una oleada de revoluciones y desórdenes cubrió Europa en los años siguientes a la firma del Tratado de Versalles y las consecuencias del mismo, agravadas por una crisis económica sin precedentes, no harían sino preparar el escenario de un enfrentamiento aún más destructivo y sangriento.

Porque al conocedor de la Segunda Guerra Mundial, si no lo es tanto de esta, le sorprenderá con seguridad la similitud de los inicios de ambos conflictos: campaña en lo que hoy es Polonia, ocupación de Luxemburgo y Bélgica, avance hacia París e intervención del cuerpo expedicionario británico. La razón es muy sencilla. La Segunda Guerra Mundial, en el frente occidental, no fue más que una campaña de venganza. El nacionalsocialismo de Adolf Hitler no quería ampliar su espacio vital hacia el oeste, sino hincar a Francia de rodillas por los ultrajes recibidos tras el Tratado de Versalles. Esa fue la razón principal por la que lo auparon al poder sus conciudadanos, las promesas de devolverles al lugar del que siempre se habían sentido expulsados. Así de simple.

En realidad, el mundo feliz y optimista que fue a la guerra en agosto del 14, hace ahora cien años, no hizo más que abrir las puertas de un infierno mucho peor que el imaginado por Dante. Su orgullo e irresponsabilidad arrastró a sus contemporáneos y a las generaciones siguientes a una serie de conflictos encadenados de proporciones gigantescas que desde entonces nada ni nadie han podido detener.

Pueblos divididos, fronteras delineadas con escuadra y cartabón, reparto de territorios solo por su valor estratégico o los productos que esconde su suelo, son solo algunos ejemplos que aún siguen en cierto modo presentes de las

consecuencias de una guerra bestial. Una enorme brecha que, para mal de todos, nadie ha sabido cómo cerrar.

Las inquietantes similitudes entre el momento actual y lo sucedido hace un siglo, nos debería hacer reflexionar acerca de que, en ningún momento, las ambiciones de las naciones están siempre contenidas. La creencia de que después de un periodo tan prolongado de paz una guerra entre potencias a escala global es impensable, agudiza el peligro de reproducir escenas similares a las vividas en 1914, por lo que hoy, más que nunca, hay que aprender del pasado y estar atentos a las señales de peligro. Ese es el único legado válido que nos dejó la catástrofe que los contemporáneos llamaron «La Gran Guerra», y el tiempo continúa recordando como la Primera Guerra Mundial.